

INGLATERRA Y EL MERCADO COMUN

I

Se ha convertido en t3pico, de tanto insistir en ello, la necesidad que tiene Inglaterra del comercio exterior para algo tan fundamental como la vida misma. Pero a poco que se piense en esto, se puede advertir que el comercio es una actividad b3sica en la vida de todos los pueblos y en todas las edades. Es f3cil llegar a la conclusi3n de que sin alguna forma de comercio la vida podr3a resultar algo francamente dif3cil, en cualquier latitud o tiempo. Casi ser3a mejor decir, pues, que la actividad comercial que en Inglaterra se considera como algo tan necesario, es una buena manera de medir no tanto el estado de salud de un pueblo como el grado de prosperidad y desarrollo que ha alcanzado. El comercio puede empezar en el hecho sencillo y crudo del intercambio de algunas cosas que se encuentran formando la base de la existencia misma, para acabar en un tr3fico intenso de materias primas y productos manufacturados.

Ser3a 3sta una buena manera de entender las cosas comerciales que empezaron a adquirir un sentido y complejidad especiales en los d3as de la Revoluci3n industrial que Inglaterra invent3, inici3, desarroll3 y monopoliz3 durante alg3n tiempo, como es bien sabido. Comercio ha habido, sin embargo, antes y despu3s, con industrializaci3n y sin ella, y sin el comercio no hubiera sido tan extraordinario y espl3ndido el desarrollo de Grecia, ni hubieran llegado a tanto las riquezas y el poder de Venecia, ni hubiera sido tan avanzado y a menudo tan original el desenvolvimiento de la vida en las ciudades hanse3ticas.

Hoy mismo nos encontramos con frecuencia con que los norteamericanos empiezan a emplear un lenguaje muy parecido al de los ingleses, para insistir en que el comercio exterior es ya para ellos una necesidad absoluta, imperiosa de la vida, tanto m3s en evidencia cuanto mayor sea el grado

de poder y desarrollo que haya alcanzado la nación hasta el día más rica y poderosa de la tierra. A veces se llega a dar la impresión, es más, que cuando se habla de comercio, naciones tan ricas y tan desarrolladas como los Estados Unidos se tornan intolerantes, intransigentes, irrazonables. De esto se ha visto—se sigue viendo—mucho ahora que se habla tanto de actividades comerciales y las cosas comerciales aparecen mezcladas e irremediabilmente entremezcladas con las cosas políticas, hasta el extremo de que no siempre sea fácil apuntar hacia lo que tenga una mayor importancia en un momento dado. En defensa de lo que se consideran derechos comerciales tradicionales e inalienables salen con frecuencia de los Estados Unidos personas y misiones, ministros y embajadores, con la expresa—y estudiada—finalidad de insinuar, convencer y hasta amenazar, caso de no quedar otra salida, porque los Estados Unidos necesitan no sólo comerciar en escala realmente fantástica, algo cuyas dimensiones carecen ya de precedentes, sino hacerlo en forma que lleva a pensar en los días de extremada popularidad de las ideas mercantilistas, hoy enteramente superadas, que tendían a convertir el saldo favorable de una balanza comercial en la única fuente de auténticas riquezas.

Los Estados Unidos necesitan comerciar y esta necesidad pudiera tener tanta o más importancia para el futuro del Mercado Común y de otras cosas que la solución que en definitiva se dé al deseo—la necesidad más bien—que tiene Inglaterra de formar parte de esa Comunidad Económica Europea, que es el título oficial y más descriptivo del Mercado Común. Pero la mayor o menor actualidad o influencia de una actitud no debiera oscurecer el fondo de la cuestión, más antiguo, ciertamente, que Adam Smith, de quien se recordará que dijo, en su célebre *The Wealth of Nations*, que «la propensión al trueque, la permuta y el intercambio de una cosa por otra... es común a todos los hombres y no se le encuentra en ninguna otra raza de animales».

El hecho, pues, de que Inglaterra—y los Estados Unidos—necesite comerciar y por ser tanto su empeño en hacerlo no repare en esfuerzos por entrar en la C. E. E., en las condiciones más favorables posibles, no debiera crear la impresión de que el comercio es algo que importa a Inglaterra más que a ninguna otra nación y por ello ha de estar justificado todo lo que haga por darle mayor actividad y desarrollo. Pero debiera ayudar, por lo menos, a comprender por qué se va teniendo la impresión de que de la entrada, en definitiva, de Inglaterra en la C. E. E. pudiera depender no sólo el futuro de esta comunidad económica integrada, sino la buena marcha de las relaciones intereuropeas y, es más, internacionales también. En estos momentos en que la C. E. E. da la sensación de reanudar su marcha hacia adelante, después

de una paralización de algunos meses, pocos, a causa de la enorme impresión producida por el general De Gaulle con aquella declaración de mediados del pasado enero que de hecho cerraba, para entonces y para un futuro inmediato, no sólo la entrada de Inglaterra en la C. E. E., que venía negociando desde hacía año y medio, sino el hecho mismo de negociar sobre ello de una manera pública y oficial, la cuestión adquiere un interés creciente y una importancia política sobre la cual a duras penas sería posible incurrir en la exageración.

Es difícil pensar en que pudiese haber habido otro momento comparable a éste por el grado de intimidad e interdependencia que parecen tener la economía y la política. Las cuestiones agrícolas, el desarrollo de una fuerza nuclear en Francia, las relaciones entre la Casa Blanca y la Casa del Almirantazgo, la creciente cordialidad entre Bonn y Londres, la notoria frialdad entre Londres y París, el futuro de la O. T. A. N. y de la comunidad atlántica, todas estas y otras cuestiones surgen espontáneamente con sólo observar con algún detenimiento la situación que se ha producido a causa de la decisión del presidente francés de bloquear cualquier intento que Inglaterra pudiese hacer en el futuro inmediato—sin que antes se hubiese producido, es decir, un cambio radical de actitud en las relaciones con los países de la *Commonwealth* y con los Estados Unidos—por abrir la puerta de entrada en el Mercado Común que se había cerrado de una manera tan llamativa.

Política más que economía.

El hecho mismo de que la paralización que sufrió la C. E. E. en su proceso de integración económica a principios de este año fuese sólo momentánea—ya se ha tomado el acuerdo de proceder a una rebaja más del 10 por 100 en los derechos aduaneros para los productos industriales a partir del primer día de julio, con lo que se llega a una reducción total del 60 por 100, y se haya acordado fijar el 31 de diciembre de este año como tope para el período de negociaciones con miras a establecer precios uniformes para los productos del campo dentro de los Seis—pudiera ser motivo suficiente para pensar que están en curso o en preparación grandes, acaso radicales, cambios y transformaciones, de amplitud difícil todavía de medir, de consecuencias imposibles de calibrar con alguna precisión, pero de todo lo cual es capaz de salir algo, en un período de tiempo que acaso no sea mayor que los años que le quedan a esta década, que permita establecer una clara diferencia entre el mundo de los años setenta y el mundo de los años

cincuenta. Es posible afirmar ya que con el éxito o el fracaso del proceso de formación de la C. E. E. ni Europa ni el mundo podrán continuar siendo lo que, más o menos, ha venido siendo a lo largo de la postguerra.

Una cierta incapacidad para comprender este hecho fundamental que se está produciendo en estos mismos momentos es la creencia, todavía tan extendida, de que la C. E. E. es, principalmente y ante todo, una gran tentativa de colaboración y quizá hasta de integración económica. El hecho de que el profesor Walter Hallstein, presidente de la Comisión de la C. E. E., haya dicho que «nuestro negocio es la política», ha sido interpretado con frecuencia como una expresión graciosa, acaso genial, pero sin mucho contacto con la realidad. Y, sin embargo, aumenta sin cesar el número de los que tienden a darle esa interpretación, quizá por haberse dado cuenta de algo tan fundamental como esto: la política sin economía no lleva a parte alguna y la economía sin la política está condenada a la esterilidad y la parálisis, lo cual quiere decir que está condenada a morir, ni más ni menos. Drew Middleton, que ha dedicado muchos años a la observación constante de la vida europea, para tener al tanto de lo que sucede a los lectores de *The New York Times*, dice en su último libro, *The Supreme Choice: Britain and Europe* («La elección suprema: Inglaterra y Europa») que el significado más profundo del Mercado Común Europeo es su calidad política más bien que económica.

Por eso es de tanta importancia lo que está sucediendo y por eso ha de ser necesaria, en definitiva, la entrada de Inglaterra—y de otras naciones—en esa C. E. E. A menos, es decir, que se dé por descontado su fracaso total, algo que hoy por hoy no parece verosímil ni siquiera posible. Hay razones poderosas para ello, alguna de las cuales habrá de mencionarse más adelante. De ahí que, en un ambiente de esperanza o desilusión, de entusiasmo o indiferencia, de buena voluntad o resentimiento, sea necesario continuar en el esfuerzo. Y hacer, si no quedase otro remedio, grandes, incluso vitales, concesiones. Porque, afirma editorialmente *The New York Times*, «los ingleses no pueden abandonar sus esfuerzos por unirse al Mercado Común».

Sería lamentable que lo hiciesen, para los Estados Unidos no menos que para la propia Inglaterra; sería equivocadamente grave, es más, pensar que habría de bastar con dejarse llevar, especialmente si se advierte, como hace un comentarista inglés, Frank Giles, en las páginas de *The Sunday Times*:

«La característica más notable de los tres meses (que han pasado) desde el colapso de los esfuerzos británicos por incorporarse al Mercado Común ha sido la falta aparente de malos efectos tangibles. Hay, sin duda, razones

para ello. La mayoría son superficiales y a corto plazo, pero sirven para disfrazar la realidad. Las últimas cifras sobre las exportaciones muestran un aumento, en comparación con estos mismos días del año pasado, de no menos de un 18 por 100 en los envíos hechos a los países de la C. E. E. Incluso en el frente político, donde el verdadero propósito de Inglaterra al buscar la incorporación a Europa ha sido el jugar un papel muy principal en su evolución; existe la consolación (preciso es reconocer que negativa) de que es sumamente improbable que los mismos Seis, todavía bajo los efectos de la violenta sacudida de la ruptura de Bruselas (especialmente después que Erhard haya reemplazado a Adenauer en la Alemania Occidental) den paso alguno en un futuro próximo hacia una unión política más íntima.»

Rápidos progresos.

La enorme sensación producida por la declaración del presidente De Gaulle, el 14 de enero pasado, al dejar cerrada por completo—para todo un período de tiempo de duración imprevisible—la entrada a Inglaterra en la C. E. E., y lo que desde entonces ha sucedido, que no ha hecho más que confirmar que esa sensación estaba, en este caso, ampliamente justificada, ha hecho posible desviar un poco la atención de las causas fundamentales de la situación, para dirigirla hacia ciertos aspectos externos y un tanto circunstanciales, que han servido, deliberadamente o no, para la creación de una atmósfera de general y en ocasiones muy acusada simpatía hacia la Gran Bretaña, que llegó a ser considerada como víctima de la actitud caprichosa e intolerante de un gobernante autoritario. Pero para comprender bien un estado de cosas de enorme, acaso decisiva importancia, política y económica a la vez, son indispensables algunos antecedentes, aunque sea forzoso presentarlos en forma muy esquemática.

Ante todo, ¿qué es la C. E. E. o Mercado Común? Por el Tratado llamado de Roma—por haber sido firmado en la capital de Italia, el 25 de marzo de 1957—se creó la Comunidad Económica Europea, formada por seis miembros—los Seis o la Pequeña Europa, como a menudo se les ha llamado—(Francia, Italia, la Alemania Occidental y el Benelux, formado por Bélgica, Holanda y Luxemburgo), con la tarea fundamental de proceder a la integración de sus economías respectivas en una sola, a lo largo de un período transicional, de doce a quince años de duración y dividido en tres etapas de cuatro años cada una (con la posible adición de un año más para cada

una de ellas, en el caso de que no siempre resultase viable la aplicación de todo lo establecido y de acuerdo con el programa preparado de antemano). El Tratado de Roma entró en vigor el 1 de enero de 1958, si bien durante todo este año no se tomó decisión práctica alguna, por considerársele como año de preparación y adaptación. Actualmente se está casi a mitad de camino en el caso de que los plazos de transición previstos no se alarguen ni se acorten. La primera etapa terminó el 31 de diciembre de 1961, pero pasaron días de gran duda antes de que se pudiese tener el convencimiento de que se daría comienzo, como se había dispuesto, a la segunda, sin que resultase indispensable su ampliación, en un año más, por lo menos. A pesar de que se llevaba un adelanto grande y sorprendente en el proceso de formación de una frontera económica común, rasgo fundamental de la C. E. E., se había tropezado violentamente con un obstáculo tremendo: la cuestión agrícola. Había grandes, en apariencia y durante algún tiempo insalvables, diferencias entre algunos miembros de la C. E. E. para el establecimiento de una necesaria política agrícola común, sobre precios, movimiento de productos del campo, subsidios y apoyos al campesino, etc. Por el ingenioso procedimiento de «parar» las manos del reloj a las doce de la noche del 31 de diciembre de 1961, se continuó, en sesiones prácticamente ininterrumpidas y que tuvieron como consecuencia ataques cardíacos y otros contratiempos de carácter personal para algunos de los negociadores, el 14 de enero de 1962 se llegó a un acuerdo sobre política agrícola y, por lo tanto, a la decisión de que el 1 de enero de 1962 empezase la segunda etapa de este período transicional.

Desde entonces, los progresos volvieron a ser, en general, muy rápidos, hasta alcanzar el punto en que, a menos todavía en la mitad de camino previsto, ya los derechos arancelarios para el comercio de los Seis entre sí quedaban reducidos en un 50 por 100. Algunos años, las reducciones fueron del 20 por 100, en vez del 10 por 100 establecido para cada año en el Tratado de Roma, y el comienzo también de la creación de una frontera aduanera común para los Seis en sus relaciones comerciales con terceras potencias. Esta frontera aduanera acabará estableciendo un régimen arancelario común para los Seis—por eso se trata de una Comunidad Económica más bien que de un Mercado Común—, que podría reducirse a la concesión de las mismas facilidades comerciales para todos los miembros en sus relaciones entre sí, pero conservando siempre una libertad completa para sí cada uno de los países miembros para fijar las condiciones en que se han de mantener las relaciones comerciales con otros países, como es el caso de

la E. F. T. A. o Asociación Europea de Libre Comercio, creada posteriormente por Inglaterra, Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Austria y Portugal. Se había empezado también, es más, a iniciar la marcha hacia la formación de una política agrícola común y se podía llegar a la conclusión de que, a juzgar por los progresos realizados, el período de transición no sólo no sería alargado en ninguna de las etapas, sino que, en lo fundamental, podría quedar ultimado en dos de las tres etapas fijadas en un principio, para 1965, o a mucho tirar, para 1966 ó 1967.

Los órganos principales de la C. E. E. son la Comisión, formada por nueve miembros—dos para Francia, Italia y la Alemania Occidental y uno para cada uno de los tres miembros restantes—, presidida por el alemán profesor Hallstein, con residencia central en el número 23 de la Avenida de la Joyeuse Entrée, Bruselas, aconsejada por una Comisión Económica y Social de 101 miembros y servida por una burocracia (se la llama ya *euocracia*), de varios miles de empleados y en proceso de constante expansión, un Consejo de Ministros, de cuya competencia son todas las decisiones importantes, un Parlamento y un Tribunal.

Corrientes encontradas.

Desde un principio, cuando todavía se estaba en la fase de las negociaciones, surgieron grandes diferencias, puntos de vista encontrados, sobre el carácter y las funciones de una comunidad como la que tenía en proyecto. Para Inglaterra era fundamental que tuviese las menores características de organización integrada y burocratizada posible, que sus actividades se limitasen a facilitar el desarrollo de las relaciones comerciales entre los países miembros y sólo, a ser posible, en lo relativo a los productos industriales, dejando los agrícolas al margen o buscando fórmulas especiales con miras a conservar e incluso aumentar unos lazos restringidos con otros países o grupos de países, como los que forman la Commonwealth. Inglaterra había trabajado, desde el principio, por la creación de una Zona de libre cambio que fuese capaz de incluir a toda Europa y no cerrase las puertas de entrada o asociación de otros países, los de la Commonwealth por descontado, los Estados Unidos muy probablemente. Sus intenciones parecían orientadas hacia un mayor desarrollo y perfección de la Organización Europea de Cooperación Económica (O. E. C. E.), a la que siguió la Organización Económica para la Cooperación y el Desarrollo (O. E. C. D.), pero sin perder de vista

los principios básicos de su formación y existencia, en general muy satisfactoria.

Frente a esta posición estaba la que ha prevalecido, la de una integración económica total, con la eliminación completa, en un período de tiempo determinado, de todas las limitaciones artificiales al desarrollo de las actividades económicas y el intercambio comercial, aduanas, cuotas, restricciones, regulaciones monetarias, etc., llegándose al fin a una situación en la que no hubiese limitación ni restricción de ninguna clase para el movimiento de personas, mercancías, dinero y otras cosas dentro del Mercado Común y a la unificación inevitable de todo lo que tuviese alguna relación, directa o indirecta, con la economía, la legislación, los jornales, los seguros sociales, los precios y medios de transportes, los métodos bancarios, las disposiciones sobre inversiones, movimientos de capital y muchas otras cosas. Resulta fácil, con sólo una exposición tan resumida, llegar a la conclusión de que las consecuencias acabarían teniendo enorme influencia sobre la vida económica de los Seis, pero la influencia política no podría ser menor y quizá fuese de tal naturaleza que en poco tiempo introdujese alteraciones radicales en la vida y perspectivas de una porción considerable de la Europa occidental.

Inglaterra, al no conseguir que prevaleciesen sus puntos de vista, se mantuvo al margen, con el convencimiento, quizá, de que sin ella el proceso de integración económica de una parte de Europa nunca pasaría de ser un proyecto. Pero antes incluso que empezase a tener vigencia el Tratado de Roma con la primer reducción de los derechos aduaneros, de un 10 por 100, que, como demostración de buena voluntad, el Mercado Común hizo extensivo también a todos los demás miembros del G. A. T. T. (Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles, con 44 miembros en la actualidad), se iniciaron las conversaciones y negociaciones entre Inglaterra, representada por el ministro Reginald Maudling, y la C. E. E. Meses de agotadores y no siempre pacientes esfuerzos culminaron en la amenaza británica de la guerra comercial, en lo que en la práctica fué un ultimátum sorprendente, por las circunstancias, por el contenido y por las consecuencias. Los países de la C. E. E. dieron la sensación de escuchar friamente una amenaza que acusaba un estado de impaciencia y nerviosismo que no resulta fácil asociar con el talante flemático de John Bull. El guante quedó en el suelo, sin embargo, sin que nadie estuviese dispuesto a recogerlo ni siquiera a indicar que había sido visto; la fecha tope fijada para dar una respuesta llegó y pasó en medio de la indiferencia y el silencio, mientras la C. E. E. seguía adelante. Era forzoso que el Gobierno de la Gran Bretaña pensase en la necesidad de

encontrar otros medios más eficaces y decisivos para influir en una situación que empezaba a sospechar podría traerle graves consecuencias.

Con el deseo de no quedar irremediablemente atrás, Inglaterra inició las conversaciones para la formación de la E. F. T. A., la Asociación Europea de Libre Comercio o los Siete Exteriores, como se la llamó alguna vez, en contraposición con los Seis anteriores, que forman un bloque geográfico de países con alguna frontera común entre sí y una continuidad geográfica, mientras que los siete países de la E. F. T. A. carecen con frecuencia de contactos fronterizos, grandes o pequeños, y se encuentran situados por el exterior de la C. E. E., a veces a considerable distancia unos de otros, como es el caso de Suecia y Noruega por una parte y Portugal por la opuesta.

Fundamentalmente, la E. F. T. A. aspiraba a convertir en realidad práctica las ideas que sobre una Zona de Libre Comercio había expuesto la representación británica en las negociaciones que culminaron en el Tratado de Roma. Pero su razón esencial de ser, apenas podía ser otra que la iniciación y el desarrollo de un régimen aduanero que, al ir reduciendo los derechos arancelarios para las importaciones que cada uno de los Siete hiciese de artículos industriales procedentes de los demás países del grupo—pero sin tomar disposiciones alguna encaminadas a la creación de una política aduanera común para las relaciones con terceros países—hiciese posible en el momento en que se hubiese, como se esperaba, de llegar a un acuerdo general con la C. E. E., que estuvieran acostumbrados y su economía adaptada a un régimen de grandes reducciones, quizá de la eliminación de los derechos aduaneros, que era nada más que una de las grandes características de la C. E. E.

Pronto se dió cuenta Inglaterra, sin embargo, del carácter artificial de la E. F. T. A. y de la necesidad de reanudar el diálogo con la C. E. E. lo antes posible. Por eso no fué una sorpresa completa la noticia de que Inglaterra, en el verano de 1961, había tomado la decisión de solicitar la entrada en la C. E. E., con todos los derechos y deberes, como miembro, no como país asociado, que le hubiera permitido mantener unas relaciones ventajosas con la C. E. E. sin sacrificar otras con terceras potencias que consideraba absolutamente necesarias.

Relaciones con los Estados Unidos.

No es este el lugar para explicar, ni siquiera en unos pocos párrafos, lo sucedido durante año y medio de conversaciones en las que se llegó a decir que habían quedado vencidas las dificultades para el ingreso de la Gran

Bretaña en más de un 60 por 100 y que en los demás casos se habían realizado también grandes, a veces enormes, progresos en la dirección de acercamiento a un punto de posible comprensión y armonización de intereses. Pero muy bien pudiera ser que entre lo que faltaba hubiese algo realmente fundamental, como podía ser todo lo relativo a los productos del campo, a ciertas relaciones con los miembros blancos de la Commonwealth y, acaso, en definitiva, lo más importante de todo, a las relaciones entre Inglaterra y los Estados Unidos, que si no cerraban por completo el camino que podía llevar hacia la meta de una colaboración y cooperación totales entre Inglaterra y los Seis, podían hacerle mucha sombra, en cualquier caso.

No faltaba quien empezase a sospechar que mucho más fuertes que las dificultades económicas eran ya las dificultades políticas. En síntesis y simplificando acaso excesivamente esta presentación resumida de la situación se trataba, para Inglaterra, ni más ni menos que de mirar en la forma en que siempre, desde hacía siglos, venía haciéndolo, hacia el mar, hacia afuera, hacia la Commonwealth, hacia los Estados Unidos, hacia el mundo trasatlántico, trasmediterráneo, trasíndico, o volver la espalda a todo eso que había dado carácter a su ser, riquezas a sus súbditos, poder a su personalidad, para mirar con preferencia—y desgana—hacia algo que había sido generalmente tratado en actitud disciplicente, hacia *the Continent*. (Ya se sabe que para los ingleses cuando se habla de Europa se habla, específicamente, de Inglaterra. Lo demás es el Continente.) Y, situación extraña y acaso insoportable, con las perspectivas de jugar un papel que no podría ser el de un *primus inter pares*, ni mucho menos todavía el de uno que, entre iguales, resulta ser un poco más igual que los demás, que es, incidentalmente, lo que está siendo causa de muchas, crecientes y quizá en definitiva alarmantes dificultades en las relaciones entre los Estados Unidos y las potencias que con esa gran nación americana comparten obligaciones y responsabilidades en el desarrollo y mantenimiento de una política de colaboración y cooperación y que busca situaciones, favor o privilegio dentro de la C. E. E., otro de los factores de mucho peso político que están actuando desde hace tiempo.

En cualquier caso, se llegó a tener la impresión de que el veto del general De Gaulle se produjo en el momento en que parecía inevitable, es más, irremediable, un acuerdo para la entrada de Inglaterra en la C. E. E. Naturalmente, esto no hizo más que aumentar la confusión inicial, crear la sensación de que todo lo que se había venido haciendo hasta entonces se desmoronaba. Pero, ¿sería posible que una situación así se produjese por cuestiones o diferencias de carácter económico nada más o incluso principal-

mente? ¿Eran económicas tan sólo o principalmente las dificultades que condujeron a un desenlace que se tradujo al instante en una extraordinaria actividad por parte de Inglaterra para colocar de su parte a los «cinco», los restantes miembros de la C. E. E. que desde el primer momento declararon o insinuaron que no estaban conformes con la actitud de Francia, de una manera incondicional y resuelta, con miras, naturalmente, a dejar a Francia no sólo derrotada, sino desairada?

¿Podía explicarse con argumentos económicos la decisión del Gobierno británico de hacer que la princesa Margarita y su esposo cancelasen el compromiso, contraído formalmente—es de suponer que con la aprobación del Gobierno—de ir a París para presidir el estreno de una película en función de gala destinada a recaudar fondos para una institución británica y asistir después como invitada de honor a una cena en el palacio del Elíseo?

¿Podían ser económicas fundamentalmente las razones que movieron al Gobierno inglés a dar cuenta al Gobierno francés, en la forma en que lo hizo, sólo a través del Consejo de la O. T. A. N., de la visita del ministro de Asuntos Exteriores británico, lord Home, a París, para asistir a una reunión de la O. T. A. N., es cierto, con lo que se dió la circunstancia incómoda de que sólo una representación de la O. T. A. N. acudiese a recibirle y tuviese su coche, peor aún, que respetar las disposiciones sobre el tráfico por carretera entre el aeropuerto y la capital, por marchar sin la escolta que sirve más que de protección, para abrir paso y reducir a unos pocos minutos lo que normalmente suele no tener suficiente con una hora de molestias, interrupciones y, en definitiva, serias dislocaciones en un programa forzosamente apretado?

¿No eran más que económicas las motivaciones que acabaron en una agria tirantez de relaciones de lo que fué manifestación desapacible un intercambio de programas de radio y televisión cuajados de observaciones de una descortesía e intemperancia realmente asombrosas?

Por Inglaterra se sentía, por lo menos, la satisfacción de emplear, al fin, para criticar a Francia, un calificativo que había alcanzado ciertas dimensiones de legitimidad literaria al designar al país separado del continente por el Canal de la Mancha como «la pérfida Albión». Ahora la pérfida era Francia, que en un acto de traición, con un golpe asestado por la espalda, con las agravantes de la sorpresa y la alevosía, había confirmado lo que para muchos era motivo de sospecha permanente: sus malos sentimientos hacia la nación que

había sido fiel y constante aliada en dos ocasiones realmente críticas para la historia de la nación francesa.

Inglaterra no sólo se entregó, desde el primer momento, al cultivo afanoso de la oportunidad que consideraba le había llegado para separar a Francia de sus asociados en el Mercado Común, sino que llegó a desvivirse para dar la mayor eficacia y sacar el mayor rendimiento posible a la oportunidad que le ofrecía el hecho de que en la Alemania Occidental sobre todo hubiese claras y fuertes manifestaciones de disgusto por la actitud que había adoptado el presidente De Gaulle, de la que, si prevaleciese, sólo podría salir una reducción en las dimensiones de un mercado que la poderosa industria alemana quería que fuese lo más dilatadas posibles. Es más, para la Alemania Occidental era muy importante no sólo la entrada de Inglaterra en el Mercado Común, sino el mantenimiento de relaciones lo más íntimas posible con los Estados Unidos. Desde el punto de vista de una potencia industrial tan desarrollada que había conseguido ya lo que hubiera parecido imposible muy poco antes, relegar a Inglaterra a un tercer puesto por el volumen de las exportaciones—el primero seguía correspondiendo a los Estados Unidos—era absolutamente necesario ensanchar, nunca restringir, las posibilidades que para el desarrollo de la vida comercial ofrecía la formación de un mercado común de grandes y crecientes dimensiones.

Políticamente, la Alemania Occidental estaba también muy interesada en una participación o una colaboración por lo menos de los Estados Unidos con el Mercado Común, algo que sería difícil, acaso imposible, en el caso de la exclusión de Inglaterra. Por ese lado había buenas perspectivas para el ensanchamiento de una influencia política que tendía a crecer a medida que aumentaba el volumen de las actividades comerciales y subía sin cesar el grado de bienestar y prosperidad de una nación con más de 55 millones de habitantes—una población superior a la de cualquier otro país de la Europa occidental—y para la que no eran ya más que un recuerdo (a veces podía ser aún una pesadilla), con tendencias al desvanecimiento rápido, la devastación, la ruina y el desorden de los días iniciales de la postguerra. Para que el proceso de recuperación total de la personalidad política fuese tan completo y definitivo como el proceso de la recuperación económica, Alemania sentía la necesidad—o la conveniencia—de dejar atrás también algunos vestigios y limitaciones de los días de gran postración, en particular en lo relativo a ciertos tipos de armamentos y a las actividades de experimentación y fabricación de explosivos atómicos.

Inglaterra y Alemania.

La manera más fácil de conseguir todo estaba en esa C. E. E. de la que formase parte Inglaterra, ya una potencia nuclear, y con la que estuviere asociada o mantuviese relaciones muy amistosas la primera potencia nuclear del mundo y en la cual habría de ocupar la Alemania Occidental, por supuesto, un lugar que apenas podría ser retrasado en un milímetro en relación con el de cualquier otro miembro. En el caso, es decir, en que no consiguiese desplazarse hacia adelante, hasta ocupar una posición avanzada, como de hecho estaba sucediendo en algunos aspectos por lo menos de la vida de la O. T. A. N., ¿cómo podría ser compatible una posición secundaria cuando la Alemania Occidental contaba en la O. T. A. N. con una representación militar en Europa que estaba por encima de la de cualquiera otro de los miembros que la forman?

De pronto se produjo un gran cambio en las relaciones de Inglaterra con la Alemania Occidental. Hasta entonces parecían dominadas por una tendencia acusada a la prudencia, cuando no a la frialdad, acaso por razones psicológicas que la mayoría de las veces podían estar influenciadas por la competencia que los productos de la industria alemana estaban haciendo otra vez al comercio de exportación de Inglaterra en muchas partes del mundo, en el Oriente Medio en particular. Como quiera que fuese, por Inglaterra no se acababa de encontrar la ocasión para un verdadero acercamiento anglogermano. Es más, la presencia continuada por las orillas del Rin de una fuerza militar inglesa de unos 50.000 hombres había sido—seguía siendo—con frecuencia causa de dificultades y motivo de fricciones mucho más que de acercamiento y colaboración. Todavía se oía hablar, de cuando en cuando, de la impresión no siempre satisfactoria que había producido la visita del canciller Adenauer a Londres, y de lo extraño que resultaba, en fin de cuentas, que no acabase de producirse la lógica visita oficial de la reina Isabel II a Bonn.

Grande—y rápido—ha sido el cambio producido después de la conferencia de prensa del general De Gaulle a mediados de enero. El Gobierno inglés no ha dejado pasar por alto ocasión alguna capaz de ser aprovechada para hacer demostraciones de amistad y simpatía, respuesta merecidamente justa, es más, en vista de la actitud tan favorable adoptada por algunos ministros del Gobierno de la Alemania Occidental, el de Economía y vicecanciller, profesor Ludwig Erhard, y el de Asuntos Exteriores, Gerhard Schroeder, en particular, que con su amabilidad y sus declaraciones han tratado

repetidamente de vencer la resistencia de Francia a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común.

Esta actitud no ha sido definitiva, pues no ha sido posible evitar la conclusión de que en el Gobierno de Bonn queda mucha resistencia, quizá una resistencia decisiva, a comprender bien la posición de Inglaterra y, con ello, a mostrar simpatía y un firme deseo de ayuda y colaboración. El canciller Adenauer podía no ser partidario de la exclusión de Inglaterra, pero pronto se vió que si era necesario optar entre Inglaterra y Francia, para él la cuestión estaba decidida de antemano. Es más, los hechos se empeñaron en ir ofreciendo insinuaciones más bien que pruebas terminantes de que la única gran diferencia importante entre De Gaulle y Adenauer en lo concerniente a Inglaterra y su entrada en el Mercado Común era de método y procedimiento más bien que de principio.

Adenauer podía no ser, sin embargo, sinónimo de la Alemania Occidental para una cuestión de tanta importancia, y, en cualquier caso, el fin de la vida política del canciller estaba relativamente próximo ya. Con el convencimiento, es más, de que las dos figuras más importantes de la situación que habría de seguirle serían esos dirigentes que venían haciendo constantes y cálidas demostraciones de afecto, simpatía y comprensión por las condiciones en que la actitud del general De Gaulle había dejado a la Gran Bretaña. Después de todo, podría tenerse cierta satisfacción al considerar que estos hombres, Erhard y Shroeder, podrían ser mucho más representativos de la voluntad de la Alemania Occidental, en lo concerniente a Inglaterra y el Mercado Común, que el anciano canciller. ¿Por qué no tener el convencimiento de que su actitud arrancaba, en el fondo, de una imborrable sensación de resentimiento personal hacia Inglaterra, por la actitud—tan impolítica, vista retrospectivamente—, de las autoridades de ocupación británicas que forzaron al doctor Adenauer a dejar el despacho de alcalde de Colonia, que había ocupado ya con anterioridad a la segunda guerra mundial, apenas terminada la acción en el campo de batalla?

En ese caso y con esa interpretación de la conducta adoptada por el canciller Adenauer, Inglaterra podría tener el convencimiento de que su posición se fortalecería mucho a partir del cambio que necesariamente habría de producirse en el momento en que Adenauer abandonase la cancillería de la Alemania Occidental.

Eso podría acabar siendo un acontecimiento decisivo para el futuro de Europa, para los próximos años en cualquier caso. Después de todo, la actitud del presidente De Gaulle—en realidad la de todos los que tienen

alguna participación directa en la cuestión—hacia el Mercado Común se halla «entrelazada de manera inextricable—como dice Drew Middleton, constante y atento observador del problema y sus manifestaciones—con su oposición a la Organización del Tratado del Atlántico Norte, su confianza, una vez que esté en marcha, en la fuerza nuclear francesa y su convencimiento de que pronto o tarde los Estados Unidos dejarán a Europa que se cuide de sí misma.

De no ser así, ¿hubiera sido tan radical, tan hiriente, la actitud del presidente de la V República?

Los meses que han transcurrido apenas han servido para otra cosa, sobre esto, que para ir confirmando ciertas sospechas sobre la causa de la actitud del presidente De Gaulle y sobre la relativa facilidad con se ha ido desvaneciendo mucho, cuando no todo, el movimiento de reacción y hasta de repulsa provocado entre los asociados de Francia en el Mercado Común por la forma más bien que el fondo—esto es ya evidente—de cerrar el paso a la Gran Bretaña. La oposición persistente de Francia, por razones económicas y por razones políticas, a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común y al establecimiento de posibles relaciones de influencia de los Estados Unidos con esta comunidad europea—consecuencia lógica y razonable, es más, en vista de las relaciones que los Estados Unidos mantienen con todos sus miembros actuales o en perspectiva a través de otras organizaciones, como la O. T. A. N.—ha encontrado un eco favorable, aun cuando muy sosegado al principio, en algunos miembros de la C. E. E., por lo menos. Por lo pronto, la continuada insistencia de Inglaterra en conservar sus relaciones con la Commonwealth, establecidas con mucha anterioridad, y en buscar la manera de encontrar por los países del Mercado Común salida para ciertos productos típicos de miembros de la Commonwealth como Australia o Nueva Zelanda, podía estar segura de tropezar con fuerte resistencia en algún otro miembro de la C. E. E., además de Francia.

Pero si por este lado fuese posible, en vista de los progresos, lentos, pero efectivos, que se venían haciendo, resultase posible e incluso probable un acuerdo, quedarían todavía los obstáculos políticos, mucho más formidables.

Política más que economía.

En la política pudo encontrarse la manera de facilitar, no entorpecer, el proceso de admisión de Inglaterra en el Mercado Común. Para De Gaulle,

un hombre que en política, especialmente en la política del prestigio y la grandeza de Francia, no necesita asesoramiento ni consejos, pero que en economía difícilmente podría dar un paso por su propia cuenta, por tratarse de algo de que posee pocos o ningún conocimiento y quizá ni siquiera el deseo de adquirirlo, el aspecto político de la cuestión podría muy bien lograr no sólo gran importancia, sino incluso una importancia decisiva. No hay duda, es evidente, que una de las mayores, quizá la mayor, entre las preocupaciones del presidente De Gaulle desde la concesión de la independencia a Argelia, sea la creación de esa *force de frappe* de la cual depende, se lo imagina, el poder, la influencia y el prestigio—la grandeza, en fin—de Francia.

El contacto con una realidad mucho más dura y costosa que todo lo imaginado le dice que la empresa no ha de ser de fácil realización. Francia es una nación rica, está muy desarrollada, cuenta con muchos y grandes hombres de ciencia, técnicos y empresarios con un buen caudal de imaginación, medios y conocimientos prácticos, y muchos recursos. Puede, no hay duda, entrar en posesión de las armas nucleares y—tarea igualmente penosa en la actualidad—de los medios de traslado hacia un posible objetivo. Francia tiene en preparación armas nucleares de cierta variedad, están en construcción aviones capaces de desarrollar velocidades por encima de la del sonido y de recorrer distancias superiores a las que median entre un aeródromo en suelo francés y Moscú o muchos otros centros urbanos e industriales de la Unión Soviética; está construyendo su propio submarino atómico y está ya en fase muy adelantada el proceso de fabricación de proyectiles dirigidos, con los cuales se han realizado pruebas de cierta importancia. Es más, se habla, en actitud de respeto, de los progresos atómicos de Francia, del estado avanzado del desarrollo de combustibles sólidos, de la fabricación de sistemas de guía que ya, en su estado actual, pueden garantizar—hasta donde son posibles garantías en esas cosas—que sus armas nucleares pueden dar en la diana en el caso de que no se alteren los principios básicos de su actual estrategia nuclear disuasoria, orientada hacia las ciudades, no hacia los objetivos puramente militares, como se quiere hacer en los Estados Unidos.

Pero, a pesar de todo, Francia está tropezando con serias dificultades para el desarrollo de este programa nuclear con sus propios medios. Está resultando mucho más costoso de lo que se había supuesto y con la esperanza tal vez de evitar la inflación y grandes trastornos financieros—económicos también, en definitiva—se ha considerado indispensable la negociación

de un enorme empréstito inicial de 1.000 millones de francos (ampliamente suscrito antes de llegar la fecha fijada para ello, lo cual confirma la gran confianza que todavía inspira una nación rica y próspera). Lo mucho que se habla sobre la lucha contra la inflación encubre las verdaderas intenciones de una operación de esta naturaleza, a la vez que desvía el interés público del fondo real de la cuestión: el costo fabuloso del programa de armamento nuclear que no sólo no ha traído alivio al contribuyente como consecuencia de la terminación del costo fantástico de la guerra de Argelia, sino que ha hecho aumentar ya mucho los gastos del presupuesto para el año en curso.

En estos momentos se calcula que los gastos del Gobierno van por delante de los cálculos y previsiones presupuestarias—muy por encima de los 90.000 millones de francos—en unos 5.000 millones de francos. Naturalmente, una de las consecuencias inmediatas de esta situación es el añadir mayor volumen al abultado déficit inicial que, según los cálculos del ministro de Hacienda, subiría unos 7.000 millones de dólares, hacer más frecuente el recurso a las notas de tesorería—de hecho, préstamos a corto plazo—y, en definitiva, el aumento constante de la circulación fiduciaria y crediticia, con la consiguiente afirmación de las presiones inflacionarias y, en fin de cuentas, la creación de condiciones favorables al desequilibrio y la inestabilidad.

Mucho se podría conseguir, sin duda, en el caso de haber obtenido Francia alguna ayuda. Naturalmente y a la larga, ayuda podría suponer la formación definitiva de la C. E. E., en la que difícilmente se podría mantener una situación de gran prosperidad económica en algunos de sus miembros y de inflación, desbarajuste y ruina en otros donde a la integración económica habría de seguir inevitablemente la aproximación, la colaboración y finalmente la integración política. Para esto haría falta tiempo, algunos años, y lo que a Francia se le viene encima, le está oprimiendo ya, a duras penas permite esperar todo ese tiempo, diez, cinco años, posiblemente menos. Una apertura inmediata podría estar en la colaboración británica, ya una potencia nuclear en pequeña escala—si la comparación ha de hacerse mirando a los Estados Unidos y la Unión Soviética—y algo perfectamente viable y lógico, puesto que Inglaterra venía esforzándose por formar parte de una comunidad en la que la colaboración y la cooperación es una característica sobresaliente.

Pero la primera tentativa formal fracasó. Con consecuencias sensacio-

nales y que pudieran resultar todavía sumamente perjudiciales para la Gran Bretaña.

Hay testimonios en abundancia, dice Drew Middleton, el corresponsal de *The New York Times* citado más arriba, de testigos de una autoridad incuestionable, que «de haber aportado Inglaterra todos o incluso una parte de sus conocimientos nucleares a Francia, cuando el primer ministro Macmillan se entrevistó con el presidente De Gaulle el pasado diciembre en Rambouillet, la actitud francesa hacia la entrada de Inglaterra en Europa se hubiese suavizado.

«Pero la petición francesa y la respuesta inglesa se presentaron en forma más bien vaga. Los ingleses tuvieron la sensación de que se les pedía que hiciesen algo que, en vista de sus lazos con los Estados Unidos, no podrían hacer de una manera honorable. Pero la cuestión sigue abierta.»

Años de retraso.

Desde el punto de vista de la situación en Europa y quizá también del futuro inmediato en las relaciones internacionales, puesto que las cosas de Europa parecen estar llamadas a ganar, no perder, importancia, es muy posible que los dos grandes acontecimientos del año de 1963 acaben siendo la decisión anunciada por De Gaulle el 14 de enero pasado, de no permitir la entrada de Inglaterra en el Mercado Común, y la fecha, aún no conocida con exactitud, en que el canciller de la Alemania Occidental ponga término a casi tres lustros de una carrera cuya importancia y significación, tanto para Alemania como para Europa, no se podrá medir con alguna rigurosidad sin que pase todavía bastante tiempo. Los efectos de uno de estos acontecimientos en las relaciones intereuropeas—y francobritánicas también, es claro—se están sintiendo a diario. Los efectos para esto mismo de ese otro acontecimiento, todavía sin producirse, son de naturaleza mucho más imprecisa, hipotética y posiblemente nunca lleguen a ser todo lo que se ha supuesto o se ha deseado, por lo menos del lado favorable a la actitud, en momentos tan dolorida, que adoptó la Gran Bretaña. Pero es muy probable, en cualquier caso, que la actitud del profesor Erhard permita reanimar un poco las esperanzas que se habían puesto, al principio de esta llamada crisis, en la suavización primero y el abandono finalmente de la oposición del presidente De Gaulle. El profesor Erhard es partidario, por cuestiones de principio y por algo más, de abrir francamente los horizontes de la C. E. E. por el lado del Canal de la Mancha y, más aún, por el Océano At-

lántico adelante. Y podrá, seguramente, contar con apoyos valiosos cuando le llegue la hora de hacer algo en ese sentido.

Para ese momento, pudiera también haber ganado terreno el convencimiento de que por el lado de Inglaterra no se ha hecho todo lo posible para demostrar que se ha respondido a algo más que a impulsos puramente egoístas al presentar la solicitud de ingreso en la C. E. E. Jean Monnet, que acaso merezca más que ninguna otra persona individualmente el ser considerado como el «padre» de la construcción europea, y que en ningún momento dejó de considerar necesaria más bien que conveniente la incorporación de Inglaterra al Mercado Común, habló de esto en una entrevista aparecida hace un par de meses en el *Corriere della Sera* italiano.

Las negociaciones entre Inglaterra y los Seis, dijo, podían considerarse como un acontecimiento de importancia histórica en la transformación del mundo, que fué posible únicamente por haber solicitado Inglaterra el ingreso en la C. E. E. al cabo de más de diez años de incertidumbre y hasta de oposición. Para terminar, en forma sorprendente y a causa de una decisión unilateral sin discusión entre los miembros de la C. E. E., por lo que se creó de nuevo el viejo, olvidado, clima de desconfianza y recelo.

No había duda, para Monnet, de que se volvería al buen camino, al «método europeo», que no había, en realidad, fracasado en este caso por la buena razón de no haberse aplicado en las negociaciones con Inglaterra el método que, explicó, se había desarrollado desde 1950 y había hecho posible el mantenimiento de un diálogo permanente entre un organismo europeo, que proponía soluciones para los problemas comunes, y los Gobiernos miembros, que en cada caso daban expresión a los respectivos puntos de vista nacionales.

Un informe reciente de la Comisión de la C. E. E. ha demostrado claramente que los acuerdos a que se había llegado con los Seis apuntaban a la existencia de un cambio fundamental en la tradicional actitud de Inglaterra, puesto que, de hecho, había aceptado el principio de que en el futuro todas sus decisiones sobre cuestiones económicas no serían decisiones suyas exclusivamente, sino las decisiones adoptadas por la mayoría de la Comunidad Económica Europea, adoptadas bajo un sistema de votación especial, en el que unos votos tienen, de hecho, un mayor peso específico que otros.

Pero, ¿se encontraba Inglaterra en condiciones de incorporarse de lleno a un movimiento europeo de la naturaleza de la C. E. E.? Para Monnet

no había duda que sobre esto se había dejado constancia ya de algo significativo. El simple acto de solicitar la admisión en la C. E. E. es demostración de que Inglaterra se encontraba entonces con el ánimo dispuesto para hacer lo que otros habían empezado a hacer una docena de años antes. En 1950 los Seis estaban muy lejos del punto en el que les llevó a la aceptación, años más tarde, de lo que entonces hubiera sido inaceptable. No había duda, es más, según Monnet, de que Inglaterra, con su entrada en la C. E. E. bajo las mismas reglas y decisiones con que antes lo habían hecho los Seis, tomaría parte activa y plena en el desarrollo de las mismas instituciones y compartiría una misma comunidad de intereses, de todo lo cual saldría un indudable refuerzo y consolidación de la evolución económica y política de Europa.

Del lado de Inglaterra, más o menos resueltamente, se encontraba un estado de opinión que debía tener gran influencia en la marcha de las negociaciones que seguramente habrían de reanudarse en alguna ocasión futura. Una vez más, el doctor Schroeder afirmaba, en una gran asamblea de su partido—y del doctor Adenauer también—celebrada en Hanover, a fines de marzo, que Inglaterra sería considerada «como un miembro bienvenido de la C. E. E. de mañana y tratada como se merecía». Para añadir: «Continuaremos con nuestros esfuerzos para hacer posible la entrada de Inglaterra y de una manera que resulte para ella más fácil hacerlo.»

Un poco antes, y también en una entrevista, el profesor Hallstein decía, en respuesta a una pregunta sobre la situación que se había producido al anunciar De Gaulle que no había razón para continuar las negociaciones sobre la solicitud de Inglaterra:

«No ha sido éste el primer revés que ha experimentado la causa europea y no será tampoco el último. Un jefe de Estado declaró un día: «Para mí, todo son ocasiones, hasta los obstáculos.» Así debería de ser en el caso de Europa... No se trata de problemas económicos únicamente. Una unión económica es un asunto eminentemente político. Europa pasa del equilibrio a la fusión de intereses. Una revolución como ésta no es posible sin choques, sin sacudidas. Pero el sistema del equilibrio de intereses ha entrado en bancarrota; estaba asentado sobre la hipótesis de que la guerra es posible en Europa. Los europeos de todas las tendencias están decididos a no permitir jamás el retorno de la guerra.»

Y afirmaba el profesor Hallstein, un poco más adelante: «Pero Inglaterra entrará en el Mercado Común. Los Seis están de acuerdo en este punto. Nosotros nos encontramos en una fase de expectación en la que se

ha hecho un alto. Por eso me parece prematuro hablar de soluciones alternativas.»

En marcha otra vez.

Unos pocos días después, en Estrasburgo, donde estaba reunido el Parlamento Europeo, volvía el profesor Hallstein a hablar de la cuestión. Pero para decir que existía ya la necesidad de reanudar la marcha hacia adelante en la Comunidad Económica Europea que se había paralizado en su progreso continuado hacia su total desarrollo, «porque nosotros no podemos—afirmó—bloquear el desarrollo de la Comunidad ni la dirección de nuestras relaciones con el mundo ambiente hasta el momento esperado en que la Gran Bretaña se adhiera».

Ciertamente, en esta sesión del Parlamento Europeo se aprobó una resolución para dar expresión a lo que se calificaba como el ánimo de todos de salvar con la mayor rapidez posible las dificultades surgidas de la interrupción de las negociaciones con Inglaterra, que «confirma su deseo (el de este Parlamento) de ver cómo la Gran Bretaña y otros países se adhieren a las comunidades europeas, a condición de que la adhesión de estos países no comprometa el proceso de integración y que los tratados de Roma y de París no sufran quebranto alguno ni en sus disposiciones materiales ni en sus estructuras institucionales».

Hasta entonces se podía decir que había habido una actitud de duda, de vacilación, incluso de hostilidad franca, manifiesta, por lo que Francia había hecho y, acaso más concretamente, por cómo lo había hecho. Algunas tentativas francesas por sacar adelante proyectos para ella convenientes o necesarios, como la asociación con la C. E. E. de los países africanos que habían tenido o tienen aún relaciones con miembros de la C. E. E., entre los cuales existía el propósito de incluir a las antiguas colonias de Inglaterra, o el deseo de poner dificultades a cierto tipo de inversiones norteamericanas en los países del Mercado Común, habían tropezado con una actitud de frialdad y hasta con serias resistencias. Es más, no faltaron ocasiones en que más que resistencias eran desaires las respuesta que se daban a los proyectos y propuestas de Francia. Pero tan significativo o más que esto pudo ser el hecho de haberse cancelado una reunión de los ministros de la Unión Europea Occidental, formada por los Seis más Inglaterra, en la que existía el propósito de reanudar un diálogo interrumpido en Bruselas. Con miras, en cualquier caso, a ir restableciendo la cordialidad en

las relaciones francobritánicas, en el caso de que fuese prematuro todavía hablar de tentativas para reanudar las conversaciones sobre la entrada de Inglaterra en el Mercado Común.

No se aceptaba la discusión de las inversiones norteamericanas en la forma que Francia quería—alarmada un poco por la tendencia de algunas de estas inversiones a obtener el control de actividades industriales ya ampliamente desarrolladas y de vida muy próspera, como fué la adquisición de una gran mayoría de las acciones de Simca, una fábrica de automóviles francesa, por la casa norteamericana Chrysler, o la inversión de millones de dólares en la creación de una vasta fábrica de alimentos en conserva en el sur de Francia—ni se daba paso alguno para llegar a un acuerdo sobre los precios de los cereales en los Seis.

No faltó quien acariciase la sospecha de que la apariencia misma de la vida estaba desapareciendo con rapidez de la C. E. E. Pudiera ser fatal e inevitable que otro tanto sucediese, pronto, con la realidad y la sustancia de esa vida. Pero en los momentos de mayor pesimismo sobre el futuro de esas negociaciones suspendidas y de la propia C. E. E. estaba ya en período de franco desarrollo un cambio notable de actitud. Podría no haber desaparecido el apoyo a Inglaterra dentro y fuera del Mercado Común, podía, es más, haberse acentuado y afirmado, pero la impresión superficial empezaba a ser otra cosa. Quizá porque, inesperadamente, se hizo fuerte, irresistible, el impulso que invitaba a la C. E. E. a emprender de nuevo la marcha adelante.

Podía considerarse como acontecimiento decisivo la reunión del Consejo de Ministros de la C. E. E., en Bruselas, claro, que es su capital provisional, el día 2 de abril pasado, con la asistencia de 20 ministros. De allí salió el acuerdo sobre algo decisivo: la afirmación de la necesidad de que se reanudase la acción sobre muchos problemas que estaban reclamando la atención de la C. E. E.

Por algo, sin duda, declaró el ministro de Asuntos Exteriores de Luxemburgo, el más pequeño de los países miembros de la C. E. E. y, quizá por ello acaso el más receloso también, por la actitud natural que suele manifestar el pequeño en sus relaciones con el grande, por temor a que su tamaño y poder lleguen a influir en sus acciones, de lo cual podía ser ejemplo esa forma en que De Gaulle, sin consultar para nada, sin tener en cuenta siquiera a los miembros restantes de la C. E. E., decidió poner fin radical a las negociaciones con Inglaterra:

«Hemos superado la crisis—comentó este ministro, M. Eugene Schaus,

que había presidido las reuniones del Consejo—. Ha sido reanudada la marcha hacia adelante de Europa.»

Circunstancia curiosa: esa memorable decisión se adoptó a propuesta del ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania Occidental, una de las más firmes esperanzas de Inglaterra hasta entonces. Pidió que se diesen instrucciones a los representantes permanentes de los Seis en Bruselas para la negociación de un programa de acción para lo que quedaba de este año. Claro que entre las cuestiones de especial interés estaba el tema de las negociaciones con los Estados Unidos con miras a llegar a un acuerdo general de reducción de los derechos aduaneros, tomando como punto de partida la ley aprobada el año anterior por el Congreso de esa nación y que concedía al presidente atribuciones sin precedentes en la historia norteamericana para negociar y hacer grandes concesiones—con rebajas de hasta el 50 por 100, quizá incluso del 100 por 100—en materia de derechos aduaneros. Pero no se podría avanzar en esto sin hacerlo también en otras muchas cuestiones y entre éstas habría de figurar, sin duda, la de los precios para los cereales y la de posibles nuevas rebajas arancelarias. Si había habido en algún momento el deseo o el propósito de castigar a Francia por lo que había hecho, esto empezaba a dar la impresión de ser algo que se iba quedando definitivamente atrás. Con la ayuda de todos, posiblemente. De no ser así acaso no se pudiese hablar, como ya se estaba haciendo, de la «sincronización», una expresión nueva que quería decir, sencillamente, que en el futuro el proceso en la C. E. E. habría de ser igual, armonioso, «sincronizado», al ceder un miembro en beneficio de otros—aunque fuese necesariamente en contra de los intereses propios—a cambio de las concesiones que los demás podrían hacer en beneficio suyo, y en muchas otras cosas. Hasta entonces, en la impresión de algunos miembros de la C. E. E., Francia había alcanzado importantes ventajas, especialmente en materia de política agrícola, que acaso tenga un mayor interés para Francia—con el 50 por 100 de toda la superficie cultivada en estos momentos en la C. E. E.—que para ningún otro miembro del Mercado Común. De aquí en adelante el progreso prometía ser uniforme. Y no sólo en lo concerniente a las cuestiones internas, sino a las relaciones de la C. E. E. con otras potencias. Se anticipaban ya negociaciones con los Estados Unidos sobre derechos aduaneros, con Turquía, Austria e Israel sobre asociación con el Mercado Común, con 18 países africanos que ya tenían alguna forma de asociación con el Mercado Común.

Es más, se adoptó en esta importante reunión la decisión de hacer una

nueva reducción del 10 por 100—hasta un 60 por 100 en total—en julio próximo y también dejar reducido en un 20 por 100 de su anterior nivel y para todas las partidas el arancel aduanero exterior del Mercado Común. Con una condición: que lo que era una rebaja provisional, sería una reducción efectiva sólo en el caso de terminar con buenos resultados las negociaciones con los Estados Unidos y otros países. Y, más aún, en el caso en que esta reducción se viese «consolidada definitivamente», se procedería, a partir del primero de julio, a una reducción adicional del 5 por 100 provisional en el arancel aduanero exterior del Mercado Común.

Había indicios, evidentemente, de que el Mercado Común estaba recmpreniendo la marcha, y con decisión vigorosa.

Acaso por eso, la duda, quizá el desaliento, empezó a cundir en la Gran Bretaña, donde, por vez primera, se llegó a tener el presentimiento de que podría tardar la reanudación de las negociaciones para el ingreso en el Mercado Común, de que podrían acabar siendo francamente difíciles y que podrían, es más, no llegar nunca.

JACINTO MERCADAL.